

---

---

## VIII

### EL 1º Y EL 11 DE ABRIL.—COMIENZA EL HAMBRE EN QUERETARO.— RESULTADOS DE LA MISION DE MARQUEZ. — UN CORREO ALEMÁN. — LA PROYECTADA MISION DE MEJIA.—FRUSTRADA MISION DEL PRINCIPE DE SALM-SALM.

---

Apenas había despuntado el 1º de Abril, cuando empezó un movimiento general en Querétaro, como había sucedido el memorable 24 de marzo. Esta vez eran los imperialistas, quienes, en medio del mayor silencio y protegidos por la niebla de la mañana, se concentraron muy temprano, con la intención de emprender un ataque contra el Cerro de San Gregorio, es decir, contra la línea norte del enemigo. El informe oficial nos relata este combate de la manera siguiente:

“A las tres de la mañana de este día memorable, “una columna compuesta de 1000 de nuestros valientes soldados de caballería, se colocó en el lado “norte del Cerro de las Campanas, con la intención “de proteger el movimiento que, un poco más tarde, “debía emprender una de nuestras divisiones de infantería contra la Parroquia de San Sebastián, perfectamente defendida por fuerzas enemigas. (En el “norte de la ciudad.)

“El valiente General Miramón, a quien estaban

CAPITULO ALFONSO

"confiadas las operaciones de este día, a las cinco de la mañana partió, a la cabeza de su columna, avanzando con la prudencia y el valor que lo caracterizan, y en medio del más profundo silencio, hacia la mencionada Iglesia de San Sebastián, la cual fué tomada por sorpresa por las tropas imperialistas.

"La facilidad con que se verificó la toma de la Parroquia, en un lapso de tiempo tan corto; la confusión en que se vieron envueltas las filas enemigas, a causa de este suceso tremendo e inesperado, y, sobre todo, el ardor de la lucha y el entusiasmo del triunfo, alentaron a nuestras tropas a no contentarse con el éxito obtenido hasta ese momento, sino, al contrario, a proseguir su marcha.

"Nuestras columnas se arrojaron contra La Cruz del Cerrito (una Iglesia situada en el Cerro de San Gregorio), en cuyo costado derecho había levantado el enemigo algunas defensas, las cuales cayeron, con sus defensores, en poder de los nuestros. Uno de los prisioneros, a quien se preguntó dónde se hallaba la artillería enemiga, ofreció a los imperialistas conducirlos hasta el lugar donde estaba aquella, y, poco después, nuestros soldados se apoderaron de dos cañones, situados a cerca de 500 varas del punto conquistado.

"Las operaciones habían sido ejecutadas hasta aquí con tanto ímpetu y rapidez, que hicieron posible el éxito. Sin embargo, no se pudo evitar que el enemigo se rehiciera, enviando considerables fuerzas al lugar del combate, las cuales amenazaron envolver a nuestras débiles columnas. Fué preciso contentarse con lo obtenido y pensar inmediatamente en la retirada.

"Entre tanto, el enemigo había avanzado, y el

"movimiento de retirada ofrecía las mayores dificultades; pero ¿a qué no vence el valor y la disciplina de las tropas imperialistas? Así, se retiraron en el mejor orden a sus líneas respectivas, no sin haber dado antes un buen escarmiento al Batallón de "Supremos Poderes" (el batallón favorito de Juárez), el cual había avanzado impetuosamente desde el Cerro de las Campanas, y amenazaba cortar nuestra retirada con un movimiento de flanco.

"A las nueve de la mañana, al són de entusiasmas dianas y en medio de las más calurosas muestas de júbilo de la población, se introdujeron a la ciudad los prisioneros y los dos cañones quitados al enemigo. Los resultados alcanzados serán siempre un timbre de gloria para los Batallones de Cazadores (Comandante, Mayor Pitner) y de Celaya, a cuya habilidad y arrojo se debió el triunfo."

Después de la jornada del 1º de abril, se verificó un armisticio entre los imperialistas y los republicanos, tanto más, cuanto que parecía que ni unos ni otros tenían deseos de seguir combatiendo.

Los juaristas se habían dado perfecta cuenta de que la plaza de Querétaro era formidable, para que pudieran tomarla por la fuerza, e iban dejando pasar el tiempo, a fin de debilitar a los defensores. Confiaban en los acontecimientos, que lenta, pero irresistiblemente, se iban sucediendo en las distintas partes del país, y en la falta de víveres, y quizá también de municiones, que no tardarían en experimentar los imperialistas de Querétaro, y que, tarde o temprano, los habían de obligar a rendirse.

Los imperialistas, por su parte, completamente a oscuras de los acontecimientos de afuera, esperaban a cada momento ver aparecer a Márquez frente

a la ciudad, con un numeroso ejército, quien, simultáneamente a los sitiados, podría emprender una ventajosa ofensiva contra el enemigo, ya tan numeroso.

Así transcurrió el tiempo, entre bombardeos más o menos enérgicos por parte de los sitiadores y pequeños combates sin importancia efectuados entre las avanzadas de ambos ejércitos. El 11 de abril se señaló con un combate mucho más importante, por medio del cual intentaron los imperialistas desalojar al enemigo de sus posiciones situadas al oeste de la Garita de México; pero antes de alcanzar su objetivo, se vieron obligados a retroceder ante el impetuoso empuje de poderosas columnas enemigas. En esta ocasión fué herido ligeramente en la cabeza el Mayor Pitner, después ascendido a Teniente-Coronel.

A pesar de que todos los combates, con excepción de este último, habían sido favorables para los imperialistas, su situación empezó a empeorarse de día en día. Poco a poco se iban acumulando más y más enemigos, más formidables que los primeros, los cuales parecía que estaban nomás espiando el momento, al otro lado de las defensas de la ciudad, en que ésta cayera sin gran trabajo, como cae una fruta completamente madura.

Querétaro no estaba preparada para una larga defensa. Por ligereza del General Márquez, entonces Jefe del Estado Mayor, no se había pensado en aprovisionar a la ciudad de todo lo necesario; y el botín que después se quitó sucesivamente al enemigo, durante las salidas de los imperialistas, no podía durar mucho para satisfacer las necesidades de una plaza de 30,000 habitantes y de 8,000 defensores. Así, como la ciudad estaba estrechamente sitiada desde

el 24 de marzo, pronto comenzó a experimentarse la falta de víveres.

La harina, si bien no constituye la base principal de la alimentación de los mexicanos, se agotó completamente desde fines de marzo y faltaba hasta de la mesa de los más opulentos. Únicamente las monjas del Convento de Teresitas tenían una pequeña cantidad de harina de consagrar, y todos los días, espontáneamente, regalaban a la modesta mesa imperial dos panecillos, que en esos días constituían uno de los manjares más raros. La carne también comenzó a escasearse desde principios de abril, hasta que se agotó por completo; y puede decirse, literalmente, que desapareció la última vaca del último establo.

Así es que de ninguna manera fué un mal regalo el que una vez hicieron los enemigos al Emperador y a su ejército: en un arranque de buen humor, tomaron una vaca, muy vieja y excesivamente flaca, le amarraron las astas, asustándola después con cohetes y haciéndola huir al campamento imperialista. Este regalo fué correspondido por el ocurrente General Méndez, quien envió al campo contrario un burro muy ridículo, con unos versos debajo de la cola, compuestos por los oficiales de dicho general.

El Emperador, que siempre estaba pendiente de todo lo que concernía al sitio, y de las consecuencias mediatas o inmediatas derivadas del mismo, el 8 de abril se vió obligado a mandar llamar a los carniceros de la ciudad, al Cuartel General, para ordenarles que, a falta de reses y carneros, vendieran carne de caballo, guardando el más absoluto secreto sobre el particular. Este secreto podría conservarse sólo durante muy poco tiempo; pero, sin embargo, surtiría muy buenos efectos, porque así se con-

tenía en cierto modo, la miseria, que se iba extendiendo cada vez más y amenazaba precipitar al pueblo en los peores excesos. Sucedió también que, como en esos días había todavía grandes cantidades de maíz, alimento principal de las clases pobres de la población, tenía que alimentarse con él a los caballos.

No estaba muy lejano el día en que los víveres se agotasen por completo, a causa de la prolongada duración del sitio, haciendo el hambre su terrible aparición.

Pero no eran estos los únicos motivos de angustia que atribulaban a los sitiados; había otra circunstancia crítica que muy pronto surgiría, no menos temible para un ejército sitiado que el hambre misma, con todos sus horrores.

En los círculos directores se sabía perfectamente que la provisión de municiones se agotaría muy pronto; a pesar de toda la actividad del General Arellano, no era posible reemplazar la gran cantidad de municiones que se consumía diariamente, sobre todo por la falta de los materiales necesarios. La provisión de municiones que se había traído de la Capital no era muy considerable, y había razón para abrigar los más serios temores para el porvenir. Lo único que todavía sostenía la confianza de los jefes, era la esperanza del próximo auxilio del General Márquez, quien ya debía encontrarse en camino para Querétaro, con las tropas que habría levantado violentamente en la capital.

Por su parte, los soldados no abrigaban temores respecto al porvenir, porque las dificultades que empezaban eran un secreto del Alto Comando. El buen ánimo del pequeño ejército aún se conservaba inquebrantable, gracias a los encuentros victorio-

sos que había sostenido hasta entonces; porque tenía una confianza absoluta en sus jefes, y porque esperaba también un próximo socorro que lo condujera al éxito final. Sin embargo, esta ignorancia de los hechos no podía durar mucho tiempo, porque no tardaría en saberlo todo hasta el último soldado, y entonces se pondría a prueba el valor moral de las tropas, o vendría la desmoralización, apresurando la catástrofe.

Hay momentos en que hasta los más valientes y perseverantes desmayan, y eso sucede precisamente cuando el soldado ve que le comienza a faltar lo **medios más importantes de defensa.**

Desgraciadamente, fuera de Querétaro se verificaban tales acontecimientos, que apenas se hubieran podido atrever a imaginar los más pesimistas; acontecimientos que hacían del todo inútil la más firme resistencia de los sitiados y que, puede decirse, resolvieron la suerte de la plaza de Querétaro.

De fuera faltaban toda clase de noticias. El Emperador había intentado obtenerlas del exterior, porque la tardanza de Márquez lo hacía concebir cada vez más sospechas; los correos que se habían mandado hasta entonces, que eran cinco, habían sido hechos prisioneros y ahoreados por el enemigo, por lo que ya nadie quería arriesgar otra tentativa, a pesar de que se ofrecían sumas considerables al que lograra dirigirse a México y traer noticias exactas del estado de las cosas.

A pesar de la inexplicable tardanza de Márquez, siempre se confiaba en Querétaro en una solución favorable de la situación. Claro está que cada día que transcurría sin la llegada de dicho general, más y más se convencía el Emperador de que

no había escogido el hombre a propósito para el desempeño de tan delicada misión, que tanto exigía talento, como una fidelidad a toda prueba. Después de todo, Márquez, el hombre de las hazañas sangui-narias, era el de más edad de todos los generales y, según se decía, el que tenía más experiencia; caso de traicionar al Emperador, se convertiría en su enemigo terrible, lo que había que evitar a toda costa en esta crítica situación; pero a Márquez le faltaba la verdadera fidelidad y estimación hacia el Emperador y hacia su causa, y es una desgracia que se hubiera confiado a este miserable, misión tan importante, poniendo bajo su mando la mejor parte del ejército imperialista y dándole plenos e incondicionales poderes al mismo tiempo que librándolo de toda responsabilidad inmediata. De este modo, y sin que forzosamente apareciese como traidor, tenía una excelente oportunidad para satisfacer sus fines personales, aun cuando fuesen completamente opuestos a las intenciones del Emperador.

Puede decirse, sin exagerar, que el día en que Márquez partió de Querétaro, se dió un golpe de muerte a la causa de los imperialistas. Que Márquez perdiera o ganara, carecía de importancia, era completamente indiferente.

En vez de acatar las órdenes expresas del Emperador, de reunir todas las tropas disponibles de la Capital y acudir con ellas al socorro de la plaza de Querétaro, que en esos momentos era cuando más necesitaba de un auxilio eficaz, comenzó Márquez a operar enteramente por su cuenta, y, en vez de marchar sobre Querétaro, se dirigió a Puebla, que está en dirección opuesta, a seis jornadas de distancia de la Capital, y estaba, además, sitiada por Porfirio Díaz. Márquez en la batalla de San Lorenzo, no le-

jos de Puebla, sufrió una derrota tan completa, que tuvo que huir de nuevo a la Capital, sin preocuparse por la salvación del resto de sus tropas. Llegó a México mucho antes que el derrotado ejército, y todo esto habla muy poco en favor de su habilidad y de su valor. En efecto, las pérdidas que sufrió en San Lorenzo fueron muy considerables, tanto en armas como en soldados, porque éstos, en su precipitada huida, perdieron la mayor parte de su artillería; finalmente, para no caer en poder del enemigo, vióse obligado Márquez a limitarse únicamente a la defensa de la Capital. Sin embargo, después de la toma de Puebla, que tan heroicamente se había defendido, quedó libre el ejército republicano del Sur, el cual, al mando de Porfirio Díaz, acudió a sitiar a México tan estrechamente, que ésta ciudad, a pesar de los inmensos recursos que tenía, pronto se vió en una situación tan desesperada como la de Querétaro.

Hé aquí las fatídicas consecuencias del traidor comportamiento del más caracterizado de los generales imperialistas, quien de una manera tan descarada burlaba la confianza que en él había puesto su Soberano.

El 9 de Abril, el Emperador hizo una nueva tentativa para encontrar alguna persona que quisiese servir de correo. Su Jefe de Estado Mayor expidió una proclama en la que se prometía una recompensa de tres mil pesos al que trajese noticias ciertas de México. Esta proclama no tuvo éxito alguno. El escarmiento que el enemigo había hecho ya con cinco correos, estaba aún bastante fresco en la memoria de los más audaces, para que por una recompensa tan pequeña se arriesgaran a desempeñar esa empresa tan llena de inminentes peligros.

Por fin, el 13 de Abril, se presentó un alemán,

perteneciente al Batallón de los Húsares Rojos, y se resolvió a arriesgar el todo por el todo.

Herz, como se llamaba este individuo, había desertado de las filas enemigas desde hacia algún tiempo y se había alistado entre los húsares, como que el llamado "Escuadrón de Húsares Austriacos" estaba formado de desertores del enemigo, circunstancia que duplicaba su valor; todos ellos eran de los más valientes. Digo el llamado Escuadrón Austriaco, porque no estaba formado con soldados austriacos solamente, sino que una compañía era de éstos, otra de franceses y otra de indígenas.

Para que se pueda tener una idea de los peligros que ofrecía la empresa que Herz se preparaba a emprender, bastará decir que tenía que atravesar cuatro veces la compacta línea enemiga y después recorrer por dos veces un camino de 45 leguas, en el que pululaban las partidas enemigas.

Verdaderamente se necesitaba un heroísmo extraordinario para realizar semejante empresa, y el hombre que de esta suerte iba a exponerse a incontables y tremendos peligros, yendo casi al encuentro de una muerte segura, merecía los más entusiasmados elogios, tanto más cuanto que, según después declaró, se lanzaba a esta empresa más por amor propio y por su amor a las aventuras, que por interés a la recompensa.

Todavía guardo un recuerdo muy vivo de aquella noche en que salí a los sombríos corredores del Convento de La Cruz, para buscar a este valiente y conducirlo, por última vez, ante el Emperador, a fin de que recibiese de él las instrucciones finales.

Pero yo no veía a Herz por ninguna parte; lo llamé, sin obtener respuesta; repentinamente apareció junto a mí, como si hubiera brotado del suelo: se

había puesto un traje gris, que lo hacía completamente invisible, y se había repegado a la pared, tendiéndose completamente sobre el suelo, y pude ver la alegría que le causó el haberme sorprendido.

Herz recibió varias cartas privadas del Emperador entre otras, una para la Archiduquesa Sofía; estaban escritas en papel tan chico y tan delgado, que podían enrollarse perfectamente en forma de cigarro y esconderse entre otros cigarros, a fin de evitar que cayesen en poder del enemigo, en el caso de que Herz fuera hecho prisionero.

Era una noche oscura y tempestuosa, del 15 de abril, y favorable para semejante hazaña.

Poco después de media noche, Herz desapareció detrás de los muros de la ciudad, sin dejar el menor vestigio y sin que se supiera qué dirección había tomado. Más tarde se verá si cumplió su cometido.

Mientras tanto, la situación se empeoraba cada día y exigía imperiosamente que se tomaran medidas enérgicas; ya no se creía en el dudósimos regreso del correo enviado. En consejo de guerra se resolvió enviar a México al General Mejía, uno de los pocos adictos en cuerpo y alma al Emperador, invistiéndolo de los más amplios poderes.

La misión de este General era a la vez política y militar. En cuanto a lo primero, debía procurar una inteligencia con las personalidades del partido contrario y declarar, ante la presencia del Cuerpo Diplomático, que el Emperador no estaba dispuesto a abdicar, si no dimitía su cargo ante un Congreso Nacional debidamente autorizado.

La parte militar de su misión contenía los puntos siguientes: orden al General Márquez, de poner a disposición de Mejía todos los batallones de caba-

lería que hubiese; llamamiento al primero, a socorrer a Querétaro; en caso de que para dejar una guarnición en México, no se dispusieran de las tropas suficientes para socorrer a Querétaro, debería abandonarse completamente la Capital; en caso de que Márquez no hiciera ninguna declaración, transcurridas 24 horas, el General Mejía debería recoger la mayor cantidad posible de recursos, y abandonar la Capital, al frente de toda la caballería; reducir a prisión a Márquez, si así lo exigía el caso.

La orden de evacuar la Capital demuestra a las claras lo apurado de la situación, porque se necesitaban los más poderosos motivos para que el Emperador se resolviera a abandonar dicha ciudad al enemigo, con sus grandes recursos en hombres y elementos de guerra, ciudad que era capital no sólo materialmente, sino también desde el punto de vista moral. En todas las guerras de México se ha considerado que el partido que tiene en su poder la Capital, es el más fuerte y el que tiene mayores ventajas, lo cual es muy exacto, porque México, por sí sola, dispone de más elementos que un estado cualquiera del país, aun de los más grandes.

Entre las cartas que se entregaron al General Mejía, había una, dirigida a Schaffer, Capitán de Barco, que el Emperador mismo me dictó. Esta carta, cuya copia aún conservo en mi poder, expresaba la intención de evacuar la Capital, en caso necesario: Decía así:

"Querétaro, Abril 19 de 1867.

"Querido Capitán Schaffer:

"En caso de que México tenga que ser privado momentáneamente de toda la protección del ejército, he encargado al General Mejía conducir al Padre Fischer y a Knechtl, llevándolos en el cen-

"tro de las tropas de operación. En tales circunstancias, Yo deseo salvar el archivo, el cual, por ser demasiado voluminoso y poco importante, deberá ser quemado, en caso extremo, ante la presencia de Ud.

"Como desgraciadamente no han sido cumplidas mis órdenes, respecto a la venta de la plata, carros, caballos, vajillas, almacenes, vestuario, etc., dichos objetos deberán ser depositados por Ud., Sánchez y Navarro y el Padre Fischer, en la Legación Inglesa, según inventarios legales. Si ésta se negare, lo que no es de esperarse, los objetos dichos se depositarán en la Legación Austriaca o en la Legación Prusiana.

"Sánchez Navarro, Fischer y Ud. deberán firmar los inventarios.

"La Legación respectiva deberá extender un recibo con todos los requisitos legales. Aquellos objetos de mi propiedad particular, que puedan ser necesarios para una larga campaña y para las distintas estaciones del año, deberá usted empacarlos y cargarlos sobre mulas, las que han de ir, con Ud., en el centro del ejército. Como aquí carezco de buenos libros, Yo deseo que Ud. y Fischer me hagan una pequeña, pero buena elección de libros. Los documentos del Consejero de Estado, Martínez, con sus distintas traducciones . . . . . (1)

(1) Falta el fin de la carta.—Dichos documentos se refieren a los acontecimientos que acompañaron a la salida de los franceses.

En su obra "Erinnerungen aus México" (Recuerdos de México), el Dr. Basch, erróneamente, dice que esta carta le fué dictada por el Emperador, siendo así que realmente, yo fuí quien la escribí

Sin embargo, la enfermedad que consumía al General Mejía le impidió desempeñar su misión, que tuvo que ser encomendada al Príncipe de Salm-Salm.

Cien de los jinetes más escogidos y seguros, pertenecientes al Escuadrón Austriaco de Húsares Rojos, recibieron la orden, el 22 de abril, de ponerse a las órdenes de dicho Príncipe y estar listos para esa noche. La pequeña expedición debía escurrirse por la extensa llanura que rodea la parte poniente de la ciudad, evitando cuidadosamente todo encuentro con el enemigo ya que en esta parte no se hallaban nunca porciones considerables de tropas de los contrarios, porque la tenían destinada para las grandes maniobras de su caballería; después debían ganar el camino libre y dirigirse a marchas forzadas hacia la Capital.

Además de las instrucciones dadas al General Mejía, recibió el Príncipe de Salm-Salm cuatro alfabetos cifrados, correspondientes a las distintas personalidades con las que tenía que ver, según las instrucciones del Emperador.

Poco después de media noche, la pequeña división de caballería emprendió su peligrosa expedición, guiada por los generales Miramón y Morett, conocedores del terreno; marchaba en medio del más profundo silencio, favorecida por las espesas sombras de la noche.

conforme al dictado del Emperador. En dicha obra no dice, al principio de la carta, "he encargado al General Mejía", sino "he encargado al General Már-tada, el Dr. Basch me nombra "su Secretario", ho-quez", lo cual es erróneo. Finalmente, en la obra cu-nor que me veo obligado a declinar.

El Autor.

La tropa había avanzado ya una porción considerable de la llanura, sin ser descubierta por el enemigo y sin encontrar obstáculos de ninguna especie, cuando se distinguió a lo lejos una faja oscura, que surcaba la llanura de parte a parte. El General Miramón mandó hacer alto y se adelantó, acompañado de su íntimo amigo Morett, para reconocer el terreno.

Tardó mucho tiempo Miramón, y al regresar, indicó al Príncipe que aquella oscura faja era un foso muy ancho y profundo, que se extendía mucho más allá de lo que alcanzaba la vista y completamente infranqueable para la caballería.

En vista de esto, ambos generales declararon impracticable la expedición, y el Príncipe de Salm recibió la orden de retroceder, la que ejecutó con la mayor repugnancia.

Según me refirió el Príncipe algunos días después, había concebido la sospecha de que Miramón intencionalmente impidió que la expedición se llevara a cabo, y que la declaración de este General, respecto al foso, le parecía, CUANDO MENOS, DUDOSA.

De todos modos, el Príncipe cometió una grave falta por no haber ido personalmente a cerciorarse del verdadero estado de las cosas, sin tomar en cuenta consideraciones sentimentales, dada la gravedad de la situación.

Por otra parte, las sospechas del Príncipe no carecían enteramente de razón. La rivalidad que existía entre Miramón y Márquez era bien conocida. Con la partida de este último, bajo cuyas órdenes casi puede decirse que estaba Miramón, éste era la personalidad más influyente y apreciada de todas las que se encontraban cerca del Emperador y a él se

le había confiado lo más difícil de las operaciones militares.

Si bien no podía ponerse en duda la fidelidad y la estimación de este ex-presidente de la República hacia el Emperador, si estaba completamente ofuscado por los celos y por el amor propio, para no desear la vuelta de su rival y evitarla a toda costa, ignorante como estaba de los acontecimientos de afuera, y sin prever las tremendas consecuencias de su conducta, quería asegurarse, ante todo, la dirección de las operaciones militares.

Pocos días después, el Príncipe Salm se confirmó en sus sospechas. Casualmente hizo una excursión la caballería imperialista hacia el lugar por donde debía haber salido aquella noche, y todos pudieron cerciorarse de que el foso de que había hablado Miramón, de ningún modo constituía un obstáculo infranqueable para la caballería.

La indignación del Príncipe no tuvo límites; abiertamente acusó a Miramón de traición, y, de no haber intervenido el Emperador, se hubiera suscitado un grave conflicto entre estas dos personas de su mayor confianza.

Así terminó, de la manera más lastimosa, aquella tentativa de comunicarse con la Capital. De haberse realizado, de seguro que hubiera cambiado completamente el estado de las cosas, probablemente en favor de los imperialistas.

Se cometió una grave falta en no haber hecho todo lo posible por realizar dicha expedición.

---

## IX.

### CONTINUACION DEL SITIO. — FALSOS RUMORES.—DON JOSE MARRANZA, MODELO DE IMPERIALISTAS.—EL 27 DE ABRIL.

Al fracasar la tentativa de comunicarse con la Capital, a fin de pedirle auxilio, los imperialistas de Querétaro tuvieron que resignarse a esperarlo.

Entre tanto, se seguía trabajando sin descanso en poner la plaza, lo más que fuese posible, en estado de defensa. Una disposición del Emperador ordenó que todos los varones, sin distinción de clase, debían ayudar en la construcción de obras de defensa, y el que no quisiese desempeñar este trabajo, debía pagar cierta cantidad, que se destinaba para el pago de las tropas.

El enemigo, por su parte, seguía bombardeando a la desdichada ciudad, casi sin cesar. La población civil, que tenía que transitar las calles para ir a sus ocupaciones, tenía la vida en constante peligro. Las calles de Querétaro, como las de la mayor parte de las ciudades mexicanas, están tiradas en línea recta, de tal modo, que de un extremo de la ciudad puede verse perfectamente el extremo opuesto; esta disposición favorecía mucho al enemigo, porque así podía dirigir certeramente sus disparos a las calles y plazas principales; no transcurría un solo día,